

MORFOLOGÍA URBANA Y ESPACIOS FESTIVOS EN LA REQUENA CONTEMPORÁNEA

Víctor Hernández Ochando

“Mejora ésta importantísima y [...] la población tendrá a su entrada el aspecto urbano que por su categoría le corresponde”

Actas municipales del 2 de febrero de 1931

INTRODUCCIÓN: Una ciudad puede crecer por diversas razones, y de forma planificada o desordenada. Tradicionalmente, se han valorado los factores económicos y políticos en la expansión de la morfología urbana. Cada vez más se insiste en el elemento cultural para entender este proceso, del que la fiesta forma parte como han apuntado la historia de las mentalidades y la geografía de la perspectiva. El crecimiento de capitales como la Barcelona del siglo XIX han sido estudiadas a partir de sus espacios conmemorativos y festivos para entender mejor la ciudad de las personas. Nos proponemos aplicar esta metodología a la Requena contemporánea.

PALABRAS CLAVE: Morfología / Urbanismo / Celebraciones / Ensanche / Servicios públicos

PAUTA DE TRABAJO

Para realizar este estudio hemos de tener presente el emplazamiento físico de actividades lúdico-festivas y obras públicas asociadas. Hemos de tener en cuenta la variación temporal para entender tanto los cambios como el acierto a la hora de encauzarlos.

EL ESPACIO URBANO FESTIVO DESDE EL LABERINTO DE LOS ESPEJOS

Numerosos estudios de morfología urbana han abordado con detalle la función del espacio público como escenario de las relaciones sociales. Es incuestionable enfatizar sobre el valor multifuncional y la centralidad que han ejercido las plazas cuando se efectúa un análisis diacrónico de la trama urbana. En tiempos de fiesta, otras partes del viario adquirirían un rol más activo debido a su conveniente modificación para desplegar diversas tipologías de celebraciones. En estos actos han conjugado, en mayor o menor medida, el fervor religioso, el dirigismo de las autoridades y la exaltación del carácter popular con un marcado comportamiento ritual a lo largo de la historia.

En ese aspecto, resulta pertinente destacar la celebración de procesiones, pues

nos acercan a la dimensión transcendental de lo festivo a través de un itinerario planificado que se mueve por la superficie urbana. De su estudio, tanto de los espacios individualizados que recorre como del conjunto, se puede recabar una cartografía simbólica y puntual con la que poder interpretar la dinámica de la ciudad. Para ello, ilustramos con dos acontecimientos cuyo factor común se halla en la gestión de una ciudad ceremonial que obedece a la organización social de la época.

El modelo de itinerario que siguió la visita real del archiduque Carlos a Requena fue la de un rey en triunfo al que se recibió de manera solemne. Su entrada comenzó junto al convento de las agustinas, reconociendo su importancia dentro de la aristocracia requenense. El trayecto prosiguió hasta la plaza del Salvador, atravesando con anterioridad el portal de Castilla y recorriendo la calle del Peso, la plaza del Arrabal y la productiva Cuesta de Carnicerías. Al seguir esa ruta se reconocían tanto la economía como la parte política de Requena. Todo ello concluía en la plaza de la Villa, el corazón espiritual de la ciudad.

Detrás de este itinerario se presentan dos ciudades que conforman las caras de la misma moneda: la presentable y la oculta. La minuciosa escenificación excluía a ciertas áreas de bajo estatus social del recorrido para tratar de evitar la mala impresión al rey que tomaba posesión de su villa. Cabe destacar que el desarrollo del itinerario no se realizó por el acceso principal a la villa, la Cuesta del Castillo. Un mensaje político del que se despoja que el rey no entró como un conquistador, sino como un señor en paz al que los vecinos debían de tributarle las honras en su acaudalada ciudad.

Mientras, en 1885 se estableció la procesión cívica del 13 de septiembre para conmemorar el otorgamiento del título de Ciudad a Requena en recompensa a la resistencia contra las tropas carlistas. Por aquel entonces, la casa consistorial se ubicaba en una nueva plaza que demostraba cómo la ciudad era ama de sí misma en un contexto de profunda reforma del modelo de competencias territoriales. Esta ruta concluía en la plaza de la villa, que pasó a denominarse Ruiz de Albornoz en honor al coronel que dirigió la defensa, pasando previamente por la cuesta del Cristo, donde ésta se desarrolló. Aún con su estado deteriorado y al predominio del Arrabal en materia económica y política, la plaza de la Villa seguía formando parte del alma urbana.

Estas observaciones se relacionan también con el carácter efímero del decorado urbano durante la fiesta. En este tiempo de excepción, se pretende conquistar a la masa creando un ambiente fantasmático de colores y sonidos que adecuan el soporte físico del mensaje de reafirmación de una sociedad jerárquica. De esta escenografía instrumentalizada surge una ciudad virtual y una idea de fiesta que, entendida desde su marco teórico, se configura para estrechar los lazos sociales del colectivo urbano, más allá de las adversidades cotidianas.

En tiempo de fiesta se nos ofrecen múltiples perspectivas del espacio urbano. Como en aquellos espejos de feria en los que el usuario observa una imagen distorsionada de su fisionomía, las celebraciones festivas alteran la apariencia de la ciudad, pero también su dinámica. Este “laberinto de espejos” presenta una faceta poliédrica que muestra al investigador, en principio, un reflejo sesgado de un estado transitorio de la ciudad. Su labor reside en la capacidad para observar con nitidez y reconocer el conjunto de elementos que provocan la distorsión. La complejidad del mundo real queda disfrazada en forma de fiesta, donde a veces se exaltan, ocultan o introducen valores en una sociedad urbana capaz de adaptar sus celebraciones y espacios festivos acorde con los nuevos tiempos.

La dimensión subjetiva del paisaje urbano introduce una serie de elementos claves para el planeamiento de la ciudad. El conjunto de intervenciones que ha experimentado la ciudad responde al comportamiento de sus dirigentes, estrechamente ligado a unos intereses supeditados a la imagen parcial que poseen de la ciudad. En los dos siglos de época contemporánea se suceden diversos procesos de renovación político-social que tratan de dotar a la ciudad de una nueva identidad mediante una serie de actos festivos y espacios conmemorativos. Al fin y al cabo, se trata de hacer una ciudad un poco más humana.

PRELUDIO AL MUNDO CONTEMPORÁNEO

El conflicto bélico sucesorio al siglo XVIII plasmó su cruenta impronta en el paisaje urbano requenense. El saqueo y la destrucción se ensañaron, especialmente, con el patrimonio religioso durante la ocupación austracista. Domínguez de la Coba nos detalla que del Hospital de Pobres “*sólo quedaron los cimientos pues, acabado de saquear le pusieron fuego*” (Domínguez de la Coba [atrib.] Ed.2008:149). Resultó inexcusable la reedificación de una institución con tal compromiso social pese a acarrear un coste excesivo para las arcas de los requenenses. De igual modo, se sucederían importantes remodelaciones en los edificios religiosos a lo largo de este siglo.

La reconstrucción de Requena presentó muchas dificultades, aunque las exenciones fiscales y ordenanzas que promulgó la Corona favorecieron, en cierta medida, la incipiente “industrialización” si bien respondían a un propósito militar. La prosperidad de la seda se tradujo en un crecimiento demográfico importante que ocasionó un destacado problema de hacinamiento como se desprende de la descripción urbanística del Catastro de Ensenada¹.

El tejido urbano medieval no podía satisfacer el despliegue de las nuevas funciones, infraestructuras y exigencias derivadas de la nueva e industriosa actividad, lo que

1 “[...]Y esto proviene por no haver suelo a donde fabricarlas, a menos que entrándose en las taulas de riego [...]” D. MUÑOZ, *La Villa de Requena a través de las Respuestas Generales del Catastro del Marqués de la Ensenada 1752*, (Requena, Ayuntamiento, 2009) pág. 46.

resultó en la degradación de las condiciones de vida intramuros. El grupo social en el que recaía la riqueza de la seda exigió la urbanización de un nuevo espacio. Se escogió para ello la antigua calle de San Carlos, donde la burguesía mercantil construiría edificios de nueva planta acorde a su preminente posición socioeconómica y pautándose bajo los postulados ilustrados que auspiciaba la Real Sociedad de Amigos del País. Este ensanche con personalidad propia avanza el urbanismo industrial anunciado por Engels, fundamentado en la segregación entre clases sociales y actividades industriales.

A su vez, el interés comercial de la burguesía para rediseñar la trama viaria acorde a las necesidades circulatorias implicaría un proyecto de reforma interior. La adaptación de la carretera de las Cabrillas al Arrabal o la apertura de nuevas calles y accesos mejorarían la simbiosis entre las diferentes áreas de la ciudad. El Ayuntamiento también estimó la oportunidad de designar en 1788 “alcaldes de barrio”, en los que Carlos III hizo especial incidencia. Esta figura es interesante no tanto por la delimitación de las distintas zonas, que ya estaban definidas de una manera u otra, sino por el intento público de controlar los barrios y sobre todo a su población.

No obstante, la autoridad pública se encontró que el dominio de la sociedad urbana no dejaba de ofrecer un conjunto de dificultades que hacían de Requena una ciudad poco idílica: la transmisión de epidemias, las plagas en los cultivos, los periodos de sequía o los destructivos temporales que arrasaban con el mobiliario urbano y los caminos municipales. De este modo, empieza a gestarse el debate sobre algunas de las cuestiones que diferencian la dinámica urbana del mundo contemporáneo del resto de épocas.

Las exigencias e ideales para establecer la ciudad óptima de las nuevas clases sociales urbanas chocan con el imperfecto punto de partida que presenta la realidad. Esa dialéctica es la que moldea la imagen de las ciudades que actualmente observamos y ha dado lugar a las diferentes propuestas y teorías que componen el núcleo del urbanismo moderno y de la planificación urbana, como son la Carta de Atenas o la Teoría de la Ciudad Funcional. La diferenciación de los usos del suelo urbano creará, en esta nueva etapa, emplazamientos destinados en exclusividad a la celebración de actividades lúdicas. Aquí reside la capacidad de estas celebraciones festivas como un aliciente capaz de atraer a un conjunto de ciudadanos más predispuestos a empujar una serie de inversiones y reformas urbanas, con las que se asume una rentabilidad incierta a largo plazo. Ahora bien, su grado de efectividad debe de ser valorado en función de su utilización auténtica.

A VUELTAS CON LAS ESTRUCTURAS HEREDADAS

El recinto amurallado de diversas ciudades europeas experimentó el potente envite conformado por las nuevas corrientes urbanísticas del siglo XIX. El devenir del tiempo evidenciaba que el componente que dominaba el paisaje urbano quedó obsoleto

y su mantenimiento resultaba oneroso. El recinto amurallado de Requena amenazaba ruina, especialmente su parte norte que procedió a derribarse en 1803, pues ocasionaba ciertas complicaciones al arrabal en época de precipitaciones torrenciales, inundando y poniendo en riesgo el pósito.

No obstante, la Villa mantuvo su valor como espacio para la celebración de actividades festivas, pues a principios de siglo se adecuó el coso para celebrar diversos espectáculos. La idiosincrasia de las fiestas populares está especialmente enlazada con los actos taurinos, cuya evolución permite observar los cambios acontecidos en el espacio urbano. Ante la necesidad de albergar apropiadamente a los espectadores, se abandonaron las empalizadas provisionales de las plazas mayores para erigir, en un espacio propio y siguiendo un modelo arquitectónico monumental, un coso con el que reafirmar el prestigio social de la ciudad. El emplazamiento tradicional de estos festejos era la plaza del Arrabal, un espacio que cada vez más impone una serie creciente de limitaciones y gastos. Otras ciudades españolas comenzaban a levantar su plaza de toros en esta época, aunque el periplo de la plaza de Requena sería especialmente largo debido a las diferentes epidemias de cólera, entre otras razones.

Al mismo tiempo, las autoridades comenzarían a prestar atención a ciertos aspectos de salubridad pública y estudiarían, en especial, los problemas estructurales del casco antiguo que propiciaban el hacinamiento y la transmisión de enfermedades. Por influencia de la ocupación francesa, en Requena se priorizó la construcción de un cementerio extramuros en 1813, aunque los resultados se hicieron esperar demasiado. Los enterramientos dentro de las iglesias fueron prohibidos en 1828, lo que contribuyó a resquebrajar la tensa relación entre poder e Iglesia. No obstante, la fiesta del Corpus prosiguió celebrándose no sin ciertas dificultades, adaptándose al marco urbano heredado del Antiguo Régimen.

Resulta necesario destacar el pasaje en el que Herrero y Moral menciona de la utilización de la loma de San Francisco durante las fiestas de Pascua de Resurrección. Nos resalta que: *“Todo convidaba á la concurrencia: la situación del convento, la grande alameda que procedente de la de Aranjuez lucía al frente de este edificio y á la conclusión de la cuesta ó camino que á él conduce, y la vista tan dominante y deleitable de aquel sitio, la hacían tan agradable, que ya digo, en aquellos días especialmente no quedaba en la población persona que no subiera á San Francisco”* (Herrero y Moral Ed.1990:122). El uso lúdico de este espacio natural puede relacionarse con las deficientes condiciones de ese ambiente artificial en el que se habitaba en la ciudad. El deseo o necesidad de recrearse en la naturaleza se sublimaría con el ocio burgués.

LA DESAMORTIZACIÓN CREA NUEVOS ESPACIOS

Como resultado de su consolidación social, la burguesía acondicionaría la ciudad

para disponer de nuevos espacios de sociabilidad y ocio. En las áreas periféricas de la ciudad se comenzarían a trazar paseos arbolados acompañados de quioscos o *cafés* y se establecerían nuevos modelos de edificios como el teatro, con los que singularizarse dentro del conjunto urbano, tanto por su apariencia externa como por su distribución interna. En Requena se dieron dos espacios diferentes para su desarrollo: la delineación del paseo de María Cristina detrás del convento del Carmen, que asentaría un nuevo espacio para el desarrollo político y festivo de la ciudad, y la calle Cruces donde se sucederían diversos teatros que albergarían gran parte de la vida cultural.

La nueva realidad decimonónica supuso la pérdida de privilegios y el distanciamiento del orden político-social de la Iglesia española. El proceso de secularización no solo cambió la realidad del espacio urbano por el efecto de las diversas exclaustaciones y desamortizaciones eclesiásticas, sino en la interpretación que puede extraerse a través de las festividades religiosas. La desamortización ofreció la oportunidad de reconfigurar y modernizar el espacio urbano para cobijar nuevos equipamientos y servicios de la administración pública, demoliendo o reutilizando edificios conventuales, como fue el caso del convento del Carmen. Este espacio fue especialmente cotizado por el control de las aguas de la acequia de Reinas, que bañaba su huerta, aunque se argumentaron criterios higienistas para su adquisición. Como señalaba Bernabéu: *“Como el paseo de la Glorieta de la calle de San Agustín se tenía por húmedo e inútil (no en vano dieron en llamarle “El Catarro”), fue vendido. Con el importe se compraron las tabúllas que don José María Penén tenía junto a la huerta de los Frailes o de la Carrera”*²

Por aquel entonces, se demandaba a la Corporación Municipal la proyección de *“una Plaza Mercado que a la par que hermosease la Población rendiría buenas utilidades”* pues *“Esta Ciudad carece de un sitio a propósito para que con aseo, decencia y sin incomodar a nadie se expendan al público los artículos de comestibles y demás de primera necesidad.”*³ Esta decisión no estuvo exenta de política, pues algunos regidores se opusieron a la construcción del nuevo espacio. Se señalaron diversos motivos para no apoyar la partida presupuestaria: la capacidad de la plaza de la Villa para albergar cualquier tipo de mercado o feria, la necesidad de destinar ese presupuesto en la reparación del pósito, pues en los últimos años los agricultores apenas disponían de recursos o el posible conflicto con los vecinos derivado de implantar un mercado en esa área.

Esta plaza se configuraría como un nuevo espacio regular semejante a una plaza mayor, pues en ella se establecerá la Casa Consistorial. La nueva Glorieta, derribados los arcos circundantes, se acotó en 1881 con una verja, que en 1927 fue subastada en función de las necesidades estéticas del momento. Esta nueva ordenación del tejido urbano conllevó un cambio gravitacional, pues tanta importancia tendría esta actuación urbanística que vertebraría la actividad lúdica y comercial a partir de ese momento en

² BERNABÉU LÓPEZ, Rafael. *Historia Crítica y Documentada de la Ciudad de Requena*, 2ª ed. Requena, 1982, p. 449.

³ Archivo Municipal de Requena, Libros de actas, sign. 2780.

torno al Arrabal. Otros servicios irían compartiendo el convento, como el Instituto que se construyó en la zona posterior.

LA NUEVA CIUDAD SUFRE LA PRESIÓN CARLISTA: ¿LA CELEBRACIÓN DE LA GUERRA?

Convertida en un punto de apoyo a la causa isabelina, Requena se vio afectada por el desarrollo de las guerras carlistas. En este periodo ocurren algunos hitos transcendentales que siguen definiendo el carácter liberal del espacio requenense como la cesión del título de Ciudad tras la defensa o la creación de la Glorieta. No obstante, la expansión urbana queda condicionada, en parte, por efecto de la defensa de cuatro décadas de tensión intermitente.

Desde 1833 se desarrolló un proyecto para reforzar sus defensas ante la necesidad de repeler las posibles ofensivas carlistas. Así pues, Requena se encontraría bordeada por un circuito defensivo caracterizado por una serie de ventajas que ofrecía el perímetro urbano. Esto permitió la instalación en altura de la artillería de campaña, el acondicionamiento de viviendas para establecer aspilleras y la construcción de barricadas provisionales y portales para reforzar los principales accesos de la ciudad. Este tipo de fortificaciones, por muy precarias que fuesen, indicaban el límite a donde podía llegar Requena, expresando a su vez una debilidad, caso de la batería de Reinas durante la III Guerra Carlista.

En la medida de lo posible, Requena acogió población desplazada por el recrudecimiento de la guerra en ciertas áreas. El ayuntamiento, con un presupuesto muy limitado, tenía que velar por la asistencia sanitaria y por la defensa de la ciudad de todos sus habitantes. Este problema de liquidez se agravaría en la III Guerra Carlista. La estrategia *ad hoc* supuso la expropiación de terrenos y la sustracción de materiales, especialmente madera, de los vecinos para la construcción de fortificaciones. Tras la guerra, los propietarios reclamarían una serie de compensaciones monetarias ante los perjuicios producidos en sus viviendas.

La guerra produjo un extenso estado de dificultades para la ciudad, no dejando de ser un trastorno para su población. Cubrir las necesidades defensivas requería de una introspección que señalase las luces y sombras de la dinámica de este espacio urbano y su periferia. Al volver la paz esta radiografía señalaría el camino a seguir por la expansión urbana y, sobre todo, recordaría donde quedaba el corazón de la ciudad, que tímidamente volvería a latir a partir de una serie de expansiones festivas.

Como consecuencia de las guerras carlistas, se decidió celebrar fiestas de carácter cívico para reivindicar las virtudes del liberalismo, como la del 13 de septiembre que no llegó a consolidarse por el marcado carácter ideológico y la carencia de un carácter lúdico. Este exceso político también intentó frenar otras manifestaciones que escapaban

del rígido código de conducta de algunos como el caso del 5 de julio de 1902, cuando se convocó una manifestación católica en “*una población tan liberal como Requena*”⁴.

Los bailes de máscaras gozarían de una gran popularidad entre la juventud, tachados por algunos de actos inmorales. El descontrol que en principio mostraba esta fiesta estaba en el punto de mira del ayuntamiento, que trató de garantizar la seguridad mediante la prohibición de ciertos disfraces o bebidas o en mantener el alumbrado público para evitar las ventajas que ofrecía “*el abrigo de la noche*”. También comenzarían a surgir una serie de establecimientos de ocio como el café o barracón al que se le concedió permiso en 1879 para establecerse en el paseo junto a la Casa Consistorial durante los días de feria y se desarrollaría la oferta cultural de la ciudad con banda de música o liceo, que harían de la Glorieta su lugar predilecto.

LA INTEGRACIÓN DE LOS SERVICIOS PÚBLICOS A DISPOSICIÓN DE LA FIESTA

Más allá de la ciudad de Requena quedaba un extenso mundo rural que experimentaría, tras los procesos de enajenación de bienes comunales y de roturación de tierras, una transformación drástica de su paisaje. La dispersión poblacional fue la principal consecuencia de este modelo territorial de aldeas y caseríos, que contrasta con la despoblación coetánea.

La intensificación de las actividades vitivinícolas provocaría un impulso comercial de nuestra meseta. Su incorporación al mundo comercial requería de una mejora en las infraestructuras que se vieron favorecidas por la concepción centralista del Estado. Se desarrollaron dos ejes viarios como fueron la mejora de la carretera de las Cabrillas (Madrid – Valencia) o la llegada de línea ferroviaria en 1885, que todavía mostrarían ciertas dificultades para salvar la orografía del contorno comarcal. No obstante, la precariedad o inexistencia de caminos limitaba la integración regional con poblaciones como Casas Ibáñez, Cofrentes, Almansa o Chera.

Tras la mencionada radiografía, la ciudad sintió la expectativa de prosperidad inminente. A causa de ello, junto a los problemas de salubridad pública y las epidemias, aumentarían la demanda de servicios públicos, especialmente de saneamiento y alcantarillado, alumbrado o adoquinado de las calles. Esta situación se desprende de la lectura de las actas municipales, pues a la vez que se informa sobre el desmantelamiento de las fortificaciones carlistas, la policía urbana presenta una serie de informes sobre los problemas estructurales que arrastra la ciudad. Este cuerpo es especialmente activo contra el estado ruinoso de varias viviendas localizadas en las principales calles de la Villa, en la calle Desamparados o con una de las fachadas de la Casa Consistorial, pues suponía un peligro a los concurrentes del parque de la Glorieta.

4 AMRQ, Libros de actas, sign. 2803

Ante el creciente número de carros, resultó necesario desviar el tránsito de las principales calles de la ciudad para evitar el deterioro del empedrado. Para ello, se adecuaron los caminos con dirección a la estación del ferrocarril. Los vecinos también expresarían su descontento ante la situación de su calle, sin adoquinado y atravesada por una acequia abierta. La precaria situación municipal, pues eran *“tiempos ocupados”*, les obligó a acometer las mejoras del viario mediante prestación personal, al igual que tuvieron que hacer los habitantes de las aldeas con los caminos municipales.

Este conjunto de medidas higienistas también trató de resolver los problemas del saneamiento y abastecimiento de aguas. Se establecieron ciertas regulaciones, de carácter preventivo, para combatir comportamientos perjudiciales. El acceso del agua en el espacio urbano se materializaría con una ampliación de la cantidad de fuentes públicas (una de ellas en la Glorieta), lo cual generó conflictos con los regantes y supuso un reto técnico para salvar la diferencia de altura con el casco antiguo. Mientras, el conde de Villamar exigía el cierre de la acequia sita a la entrada de su recién levantado Teatro Circo en 1901, para evitar una desgracia en un espacio que *“irremisiblemente se había de transitar”*.

La llegada del alumbrado por tendido eléctrico también sería objeto de varios conflictos. Su despliegue comenzaría por las zonas céntricas de la ciudad debido a su elevado coste, lo que provocó que las Ollerías, las Higuerillas y en especial San Antonio quedaran desatendidas. Asimismo, el aumento de los alquileres ocasionó en áreas como la plaza de Canalejas que el vecindario tuviera la sensación más acusada de carencia de dotaciones adecuadas.

Por tanto, Requena experimentaría un avance en la red en infraestructuras y servicios que se desarrollaría hasta el siguiente siglo. El traspaso de competencias a los municipios afectaría notablemente al dinero de las arcas municipales. Para sufragar estos gastos se reforzaron algunos impuestos, como el de consumos, que fue especialmente impopular por su injusta distribución entre los vecinos.

Bajo unos criterios higienistas se acometieron toda una serie de reformas para la mejora de las funciones urbanas. Conllevaban, a su vez, unas implicaciones estéticas que recaerían sobre la plaza Consistorial de cara a la feria. Precisamente, esa celebración que haría brillar a Requena ocultaba una serie de problemas económicos y, sobre todo, de organización.

EL LOGRO DEL ESPACIO FESTIVO DE LAS CASAS CONSISTORIALES

Las fiestas populares se habían entendido, hasta entonces, como la celebración organizada por y para la población local de acontecimientos enraizados en su memoria colectiva. Pese a que todavía el turismo no se había conformado como un importante fenómeno social, se puede observar una primigenia labor para habilitar el espacio ur-

bano durante la celebración de las fiestas de septiembre ante la llegada de forasteros, lo que requería de un gran esfuerzo.

Desde el Ayuntamiento se trató de proyectar con gran interés la mejor imagen de la ciudad y por ello se daba la orden de blanquear las fachadas de las casas durante el mes de agosto, reforzando el conjunto de medidas higienistas que se impulsaron con anterioridad. Asimismo, se contrataba un peón auxiliar para atender a la Glorieta y el arreglo de las calles durante las semanas previas. La Comisión de Fiestas pedía al vecindario que adornasen las calles e iluminasen sus balcones para contribuir al mayor esplendor de las mismas.

Conformar este escaparate festivo acarreaba un notable gasto para el presupuesto municipal, en especial el servicio del alumbrado, cuyo elevado coste *per se* de expedición consumía a las arcas en 1902. Tanto es así que, previos días al comienzo de la feria, el director de la compañía Electra del Cabriel se presentó ante el Ayuntamiento amenazando con cortar el servicio, pues desde comienzos de ese año no se había abonado. Ante las súplicas, se les cedió hasta el final de las ferias para ello. Durante esos días se colocaban en torno a mil bujías en la Glorieta.

Organizar las fiestas, tanto sus actos como al conjunto de personas implicadas en la fiesta, era una ardua tarea que recaía en la Comisión de Fiestas, formada en 1887, cuyo afán por acrecentar el protagonismo de algunos personajes públicos causó malestar entre ciertos grupos. La modernista inspiración del programa de Feria y Fiestas de 1903 no se correspondía con el espíritu más tradicional de las celebraciones: la amalgama de modernidad y tradición era habitual en las fiestas de la España de comienzos de siglo XX. En 1900, de hecho, las autoridades municipales no asistieron a la procesión del Corpus con *"objeto de no crear nuevas costumbres"*. Se fue especialmente poco misericorde con la banda de música en 1901, pues tuvo que adaptarse a las cambiantes exigencias del Ayuntamiento. En un principio su posición quedaba situada en un tablado en el paseo de la Glorieta que, ante la necesidad de liberar espacio para un mayor tránsito, se trasladó al interior de la tómbola. Este espacio demasiado idóneo tampoco albergaría a la banda en caso de la presencia de las autoridades provinciales, donde realizarían el reparto de limosnas a los pobres. No se especificaron ni el lugar donde se situarían ni las horas para actuar, pero no dejaron de estar exentos de cumplir su función de amenizar el real de la feria.

El arrendamiento de las casetas de feria se establecía con la instalación de unos 200 metros de casetas cuyo precio oscilaban entre nueve y tres pesetas el metro, hallándose las más caras en el interior de la Glorieta. Las inclemencias, del tiempo como de la situación en general, hacían que los feriantes renegociaran las condiciones con el Ayuntamiento. En 1893 se les concedió un descuento del quince por ciento, mientras

que en 1900 se les permitió continuar instalados tras prorrogar la feria por mal tiempo, lo que supuso la queja de varios comerciantes locales.

También se debían fijar unas fechas con la suficiente antelación para no interferir en las fiestas de otros pueblos y ciudades como Buñol o Játiva. Sobre todo, se requería de la coordinación con la vecina Utiel con tal de aprovechar al máximo el evento principal de las fiestas: la corrida de toros. En esos días, la Compañía de Ferrocarriles del Norte establecía billetes de ida y vuelta a precios reducidos en varias estaciones de la línea que venía desde Valencia.

Con todo ello, la Glorieta se habilitó con gran esfuerzo como el principal espacio festivo de Requena. No obstante, su efectividad quedaría en entredicho en 1901 cuando la percepción de los dirigentes cambió con la apertura de la plaza de toros en ese año. El magnetismo de la plaza de toros y de la estación de ferrocarril guiaron hacia el oeste la posterior expansión urbana de la ciudad, que tenía que articularse en torno a una nueva alameda. Ante la incapacidad de materializar esa idea durante las primeras décadas del siglo XX, la “vieja gran dama”⁶ mantendría su porte y elegancia para seguir albergando el espíritu festivo de Requena.

¿TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A LA PLAZA DE TOROS?

Como se consignó en las actas municipales el 27 de septiembre de 1900: “*Seguidamente por el Señor alcalde se inició el pensamiento de que se adquiriera terreno en las afueras de la población, que pudiera ser al final de la calle de San Agustín, en donde podría construir un paseo, para instalar la Feria; toda vez que está demostrado que es insuficiente para este objeto, el de la Glorieta. [...] Propuso se establezcan alamedas colaterales al camino de San Agustín, que es que ha de conducir a la plaza de toros, cuya mejora sería aceptada con agrado por todo el vecindario, tanto por lo mucho que engrandecería esta avenida, cuanto porque sus sacrificios con el pago de tantos impuestos, los vería recompensado de esta forma, no resultando por otra parte demasiado grande esta obra, utilizando en cuanto fuera posible la prestación personal*”.⁷

Asimismo, el 11 de noviembre de 1924: “[...]se estudie la posibilidad de convertir en hermosa realidad el proyecto largo tiempo acariciado por tantos Ayuntamientos, de convertir en hermosa alameda, las huertas enclavadas entre la calle de San Agustín y carretera de Madrid, hasta la plaza de toros, paseo que hace años exige la importancia de esta ciudad, dejando con ello un recuerdo grato y perdurable de su eficaz actuación”.⁸

Indiscutiblemente, en los locos años 20, cuando el tráfico de vehículo a motor ya empezaba a llamar la atención del consistorio, la “vieja gran dama” de la Glorieta ya no

⁶ Martínez, M.C. (10 de septiembre de 2015). *LA GLORIETA, ESA VIEJA GRAN DAMA* [Mi infancia son recuerdos... de Requena]. Recuperado de: <http://minfanciasonrecuerdosderequena.blogspot.com.es/2015/09/la-glorieta-esa-vieja-gran-dama.html>

⁷ AMRQ, Libros de actas, sign. 2805

⁸ AMRQ, Libros de actas, sign. 2878

aspiraba, a su pesar, al cetro de Requena y bien podíamos decir que se había quedado en desdichada princesa destronada. Otras damas parecían dispuestas a ocupar el trono de la ciudad de los espejos requenense, como la plaza de toros, a pesar de todos los problemas que tuvo que arrostrar. La estación del ferrocarril también se erguía a poca distancia de la plaza y abría la puerta del transformador camino de hierro por el que tanto habían suspirado los prohombres de la ciudad. Por allí, descenderían personas, productos e incluso buenos sentimientos, más allá de aquellos días festivos de feria de la que se ufanaban tantos intereses locales.

Con la plaza de toros y el ferrocarril se marcaban hitos significativos para la nueva Requena, que ya no se dirigiría en su expansiva energía hacia el tradicional arrabal levantino: cargado de historia y de incomodidades, saturado de humanidad y de problemas asistenciales. Aquella nueva Requena tendría un hacedor, el esfuerzo de la gente trabajadora que fue requerida a laborar con generosidad a modo de obligación vecinal. Se diría que en aquel tiempo de liberación social una pesada corvea feudal contradecía los afanes de justicia social. Pasada la guerra civil, el franquismo no tuvo empacho en tirar de mano de un expediente ciertamente opresivo, y en la ampliación de Requena de los años 40 trabajaron vecinos y soldados obligados en convertir los antiguos espacios agrícolas en un paseo rectilíneo y orgulloso, llamado en aquel entonces del general Varela y ahora Arrabal.

Aquella línea recta de la que nacería la nueva Requena fue dibujada con sencillo trazo por el arquitecto y urbanista Borso di Carminati ya en 1924, coincidiendo con el deseo de ciertos grupos de poner en valor la calle Cruces como punto de partida, finalmente marginada en el trazado definitivo de los años 40. El citado arquitecto imaginó un paseo en forma de rambla, al modo del defendido por los urbanistas catalanes del primer tercio del siglo XX. Disponer de un paseo emblemático ha sido un deseo de muchas ciudades europeas y españolas, no siempre fácil de conseguir. En la propia ciudad de Valencia, el paseo de la Alameda tuvo distintos momentos en cuanto a su plasmación. En Requena, se emplazaba antes de 1936 el edificio del convento de las Agustinas Descalzas, que databa del siglo XVII. Daba a la plaza de Canalejas, que en los años 20 se pretendió empedrar de manera moderna. En los ambiciosos planes del ensanche del Plan Borso, tal edificio suponía una verdadera complicación a la hora de tirar hacia delante el anhelado trazado rectilíneo, tan apreciado por todos aquellos urbanistas, admiradores de la proporción geométrica y de la planificación metódica.

Las relaciones entre la comunidad de las agustinas y el consistorio se tornaron tormentosas en tiempos de la II República, si exceptuamos los días de predominio de la CEDA. En 1935, el Ayuntamiento derechista autorizó a que las hermanas se pudieran enterrar en su propio claustro. La medida no gustó a muchos y se convirtió en ira terrible en marzo de 1936, cuando el convento fue asaltado y fuertemente deteriorado.

Con el triunfo franquista, las agustinas no recuperaron su espacio y las órdenes del general Varela, que en esto actuó como un verdadero virrey, fue proseguir el trazado de la avenida y olvidarse del convento. Después de mucho tiempo, los dos espacios festivos de la Glorieta y la plaza de toros se pudieron dar la mano con mayor facilidad.



Figura 1. Ciudad de Requena en 1946 y 1956. Fuente: IGN.

Las cosas fueron así y un amante de las hipótesis contrafácticas podría formularse la pregunta de cómo hubiera sido la evolución urbanística de Requena sin el acicate festivo. Sin la plaza de toros es probable que aquel punto hubiera quedado reducido a nodo de comunicaciones, susceptibles de tender sus brazos hacia otro punto. Quizá la prestigiosa Escuela de Enología hubiera planteado una alternativa hacia las alturas de Rozaleme y San Francisco, donde hubiera fortalecido el barrio de las Peñas como una verdadera acrópolis de Requena. También es probable que la expansión hubiera seguido la diáfana línea de la carretera de Valencia en dirección este, ya que las ventajas económicas parecían inclinar a la viticultura hacia el Grao de Valencia. Sin embargo, el deseo de aprovechar la fiesta para prestigiar la imagen de la ciudad hizo que se adoptara

la determinación que ahora puede verse, que consolidó calles como la de San Agustín. En la paralela vía que se dedicó al general Pereyra, que a tantos requenense salvó del servicio en África durante la guerra de Marruecos, se dispuso un lúcido alumbramiento, que a su modo era un heraldo de aquella ciudad que se tomó la fiesta como algo muy serio. La fiesta ha sido arquitecta de moradas, palacios, plazas y ciudades orgullosas de su condición.

LA CULMINACIÓN DE LA FIESTA DE LA VENDIMIA A TRAVÉS DEL ENSANCHE

Entre 1947 y 1961, el espacio del ensanche cobra una enorme vida. El 9 de marzo de 1948 se estableció la nueva Junta de la Biblioteca Pública, y el 20 de abril de aquel año se tuvo la iniciativa de bautizar la calle Villajoyosa con tal nombre en honor del buque de la Sociedad Lloret y Llinares. Se habilitó la plaza de toros para todo género de espectáculos el 10 de marzo de 1959 (reinaugurada en 1945 para la realizar exclusivamente espectáculos taurinos), y el 30 de enero de 1961 se aprobaron las condiciones de arriendo del municipal Mesón del Vino.

En este nuevo espacio de servicios y de habitación no podía estar ausente la Fiesta de la Vendimia, símbolo de la agrocuidad requenense posterior a la Guerra Civil. El 19 de septiembre de 1953 se colocó la primera piedra del Monumento Nacional a la Vendimia y comenzaba a gestarse la Denominación de Origen Utiel - Requena⁹, mientras que en enero de 1961 se proyectó su emplazamiento definitivo, que se establecería no el cruce entre la avenida del general Varela (hoy Arrabal) y la de Lamo de Espinosa, sino en las inmediaciones del actual edificio del IES UNO, en la plaza Juan Grandía. No fue nada baladí que el 12 de junio de 1961 se aprobara la subvención municipal para la Fiesta de la Vendimia, verdadera dinamizadora cultural, promotora de las relaciones sociales y políticas del nuevo tiempo y propagandista de los logros de la economía requenense coetánea.

Hoy en día, con el Ensanche ya consolidado en toda su magnitud, la avenida discurre hacia un nuevo espacio, el Recinto Ferial, que en algunos aspectos se muestra dispuesto a adoptar el relevo de lugares más veteranos en el arte de celebrar y entretener.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Hemos observado que las tres actividades que conforman el lema del Congreso donde se realizó esta comunicación (Ocio, Fiesta, Turismo) han confluído hacia una misma dimensión con el paso del tiempo. El estudio del desarrollo urbano desde la perspectiva de los espacios para la celebración festiva no puede entenderse sin implicar

9 MARTÍNEZ, M. C. (2016). *Requena y el Monumento Nacional a la Vendimia*, Crónicas Históricas de Requena, Disponible en: <http://cronicas-historicas-de-requena.webnode.es/news/requena-y-el-monumento-nacional-a-la-vendimia-por-mª-carmen-martinez-hernandez/>

al conjunto de obras, edificios y establecimientos para el ocio de la sociedad urbana, ni sin entender el ornato del espacio urbano para atraer la actividad turística, más allá de cubrir las necesidades planteadas por los avances en el higienismo. Bien podemos decir que la fiesta, con toda su simpática turbamulta, diseña la planta de la ciudad que podría ser. Lo que resulta, en verdad, es la ciudad existente, procedente del compromiso con los humildes y no tan humildes seguidores del jolgorio.

FUENTES DOCUMENTALES

ARCHIVO HISTÓRICO MUNICIPAL DE REQUENA

Actas municipales de 1850-53 (2780), 1877-79 (2770), 1880-82 (2769), 1900 (2805), 1901 (2804), 1902 (2803), 1903 (2793), 1904 (2792), 1924-26 (2878), 1926-29 (2876), 1929-31 (2873).

Documentos sobre Feria y fiestas (4054/14).

Expediente para el arriendo del arbitrio denominado Casetas de la Feria (1771).

Expediente para la demolición y enajenación de las obras de ferias en el paseo de la Glorieta - 1896 (10229/4).

Expedientes sobre obras públicas 1914-19 (1768).

Programa de feria de Requena en 1913 (11267).

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

ALEGRE, E. (1999). *Las villas ducales como tipología urbana. El ejemplo de la Villa Ducal de Pastrana* (Tesis doctoral). UNED.

BERNABÉU, R. (1982). *Historia crítica y documentada de la ciudad de Requena*, Requena, Ayuntamiento, 1982.

CAPEL, H. (1983). *Capitalismo y morfología urbana en España*, Barcelona, Los Libros de la Frontera.

DOMÍNGUEZ DE LA COBA, P. (atribuido a) (2008). *Antigüedad y cosas memorables de la villa de Requena escritas y recogidas por un vecino apasionado y amante de ella* (Edición de César Jordá Sánchez y Juan Carlos Pérez García), Requena, CER.

GARCÍA BELLIDO, TORRES BALBÁS, CERVERA, CHUECA y BIDAGOR, (1968). *Resumen histórico del urbanismo en España*, Instituto de Estudios de la Administración Local, Madrid.

HERRERO Y MORAL, E. (1990). *Historia de Requena*, Requena, Ayuntamiento, Centro de Estudios Requenenses.

LATORRE, I. *Cronología de la Meseta de Requena - Utiel*, Archivo Municipal de Requena, Disponible en: http://www.bibliotecaspublicas.es/requena/imagenes/Cronologia_requenense_y_comarcana.pdf

- MUÑOZ, D. (2009). *La Villa de Requena a través de las Respuestas Generales del Catastro del Marqués de la Ensenada (1752)*, Requena, Ayuntamiento.
- VV.AA. (2007). *Desarrollo urbano de Requena. El crecimiento de la ciudad lo largo de la historia*, Centro de Estudios Requenenses, Requena.
- YEVES, F. (2003). *Guía Historiada del Callejero Requenense*, Utiel, Caja Campo.

